

NUMERO DEL DIA
cinco céntimos

Precios de suscripción

Madrid, un mes..... 1,50 pesetas
Provincias, trimestre..... 5
Extranjero, año..... 40
Clases é individuos de tropa, mes, una peseta

Tarifa de anuncios

Cuarta plana..... 5 céntimos línea
Tercera idem..... 10 » »
Segunda idem..... 15 » »
Primera idem..... 20 » »
Proyectos, planos, retratos, etc., precios convencionales.

NUMERO ATRASADO
quinze céntimos



EL EJERCITO Y ARMADA

DIARIO DEFENSOR DE SUS CLASES ACTIVAS Y PASIVAS

Fundador y Director: Don Clodoaldo Piñal



Redacción y Administración:

Alcalá, 25 (antes 19 duplicado), 3.^o
APARTADO NÚM. 436

Pizarro, 15.—Madrid

Para mañana
Cuestión en los pasivos

Por Don Gualterio M. Seco.

DE HA CIEN AÑOS

Talavera de la Reina durante la guerra

III.

Continúa la narración (1).—Bajo el imperio del terror.—Los guerrilleros.—Hazaña de D. Gerónimo Moreno.—Estancia del intruso.—Conducta ejemplar.—Entusiasmo frenético.—Durante la batalla.—Heroísmo de la niña Isabei Ximenez.—Timbres de legítima gloria.

Continuaron los ejércitos franceses entrando y saliendo en esta heroica villa; todos á cual más malos, pero ninguno tanto como el del famoso duque de Bellune, del que formaba parte la división Leval. Fué una verdadera noche del juicio para la desgraciada Talavera, cuando esta división regresó, luego de haber incendiado, la todavía más desgraciada villa de Arenas y acuchillar á todos los infelices moradores, niños, ancianos y enfermos, que no habían podido escapar.

Publicáronse repetidos bandos para la entrega de toda clase de armas, de fuego y blancas, prohibiendo toda reunión de más de tres personas y ordenando frecuentes requisiciones de colchones, sábanas, mantas y almohadas, bajo los apercebimientos más terribles; se realizaron todo linaje de atropellos, se hicieron crueles prisiones, siendo una de las más escandalosas la del venerable cura de Santa Leocadia y Santa Eugenia, Vicario eclesiástico, cuya casa fué registrada brutalmente decomisando cuanto hallaron escrito, y se ordenó á los sacerdotes que habían de pagar á los conductores de los pliegos y responder con la vida, si estos eran interceptados.

Bien puede, por consecuencia, imaginarse la grande alegría que se hubo de causar en el pueblo cuando, en 1.^o de marzo de 1809, llegaron los del Empecinado hasta la Cárcel, metiéndose por la plaza del Comercio, y pisoteando á los que trataron de oponerse. No fué después menor la que se producía casi diariamente, cuando se tenía la nueva de que, llegando hasta la misma población, aquellos valientes hacían al enemigo prisioneros ó le quitaban ganado, caballos, mulas, reses, aunque todo ello tenía luego que pagarlo, y muy bien pagado, el vecindario, y la que se hubo de tener cuando, á principios de julio, unos cuantos partidarios atacaron la cabeza del puente del Tajo, matando al oficial de la guardia. En esta valerosa embestida, el vecino de Talavera Gerónimo Moreno, clavó heroicamente un cañón á la vista y bajo las descargas de los franceses.

Por entonces tuvieron que registrarse igualmente los continuados arrestos y vejámenes impuestos á individuos de la Municipalidad y Junta de Subsistencias por su firmeza y valentía en oponerse á la ejecución de las órdenes atropelladas y violentas que daban aquellos desatinados invasores, y la sublime resignación ó martirio, mejor dicho, con que hubieron sufrir que los alojados pidieran continuamente carne, aceite, pan, vino, te, vinagre, chocolate, café, verduras, velas de cera... ¡castafas frescas en lo más riguroso de la canícula! y todo

cuanto les sugería su afán de castigar ó su desatinado capricho; teniendo que dormir las familias en el suelo, sobre esteras viejas ó trapos inmundos, para dejarles á ellos sus camas y habitaciones; llegando hasta el extremo de no poder ni aun acercarse sus tristes pucheros á la lumbre de sus hogares, porque aquellos soldados se lo prohibían rudamente.

No es para olvidada jamás tampoco la expresiva indiferencia y por qué no decirlo? temeraria frialdad con que fué recibido en aquellos días el intruso cuando llegó al frente de unos treinta mil hombres, pues ni se le rindió ninguna especie de homenaje ni obsequio, ni hubo persona alta ni baja, grande ni pequeña que, ni á su entrada ni en los tres días de su estancia y permanencia en la casa de las Reales Fábricas de sedas, gritara una sola vez ¡viva el Rey José! Con esta frialdad y con esta indiferencia contrastó notablemente después el entusiasmo delirante que produjo el ejército de las tres naciones aliadas cuando entró, el 22 de dicho julio, batiendo á los enemigos por las calles. ¡Qué conmoción tan grande! ¡Qué alegría tan colmada! ¡Qué frenesí! Destrozabanse, repicando á vuelo, las campanas; truenan por el aire incensantes vivas; se les colma de bendiciones; se meten las gentes, sin exceptuar los parvulillos, por entre los calallos de sus libertadores, sin temor al plomo ni al hierro; les guían por las calles; todos se llenan de lágrimas de placer y de ternura; se avanza con ellos hasta el Prado, arrojando las emboscadas, y todo el mundo corre solicitado á prodigar entre los nuestros cuanto les queda en su triste ruina y su miseria, prefiriendo al suyo propio el socorro de la necesidad ajena: cocidos, pan, carne, vestidos, zapatos, lo que tienen para comer y hasta lo que llevan para cubrirse.

Difícil es, por no decir imposible, referir dignamente los hechos heroicos y acciones brillantes realizadas por los vecinos de Talavera en los días 26, 27 y 28 de julio del año 1809, durante la gloriosa batalla en que fueron batidos y derrotados los franceses. Ardiendo en deseos de vengar los ultrajes inferidos á su Rey, á su Patria y á la Humanidad, unos se agregan á nuestros valientes guerreros, conducen las cureñas y cañones á los sitios de más peligro, alientan á las tropas, recogen los heridos y los conducen á los hospitales de sangre; otros llevan municiones á las baterías y comestibles á los soldados; el valor de todos lidia contra la ferocidad, la desesperación contra el arte; aquí se ve á una señora, antes rica y opulenta, pero ya reducida casi á mendigar, que asiste con alimentos y medicinas á los heridos, que viste á los desnudos, que proporciona valerosamente la fuga de dos caballeros oficiales hechos prisioneros cuando el enemigo se apoderó de la villa después de la batalla, y allá, recorriendo sin cansarse toda la línea, se descubre á Isabel Ximenez, moza soltera, pobre joven de unos diez y siete años, casi una niña, que sin cesar durante los días 27 y 28, en lo más terrible del fuego, estuvo distribuyendo agua por las avanzadas y guerrillas. A esto noble muchacha ofrecieron el primer duque de Alburquerque y otros varios generales distintivos y premios que luego quedaron en dicho; pero los fastos de nuestra historia no podrán menos de recordar á la posteridad más remota lo sucedido en aquellos días memorables, y la gratitud popular conserva para sus héroes y heroínas dejados en la obscuridad un altar más valioso que algunas medallas y ciertos mármoles y bronceos. Si Grecia y Roma tuvieron sus mujeres ilustres, Talavera también, aunque sólo sea recordando estos dos días, puede ufanarse con sus memorables heroínas.

Hampones políticos

Don Luis DE Armiñán.

Si el sol tiene manchas, el oro y la plata producen escorias, qué de extraño há, que de esa fusión de apetitos, de luchas, de miserias, de vergüenzas, de ambiciones, de impudores, de traiciones y de crímenes, de venta de conciencias, de osadías, de audacias, de necedades y de ridiculeces, de sobornos y cohechos á lo que en España damos el nombre de política, se desprendan el cieno, los detritus, formando la pestilente charca política en la cual viven inmundas alimañas?

¿Qué de particular tiene que nuestra política se halle plagada de leproso de la conciencia, de leproso del entendimiento, de osados, de cínicos, con la faz bestial, revestida de una carátula de bronce, insensible á todo requerimiento de la dignidad, sensible solamente á una tanda de latigazos?

Pero Don Luis de Armiñán, aunque nutriéndose en la charca de la política, no pertenece á la clasificación que acabamos de hacer.

Don Luis de Armiñán es otro hombre, mejor dicho, es otra cosa.

Estúpido de nacimiento, necio, á tal punto, que con un pisto suyo se pudieran constituir cien necios, se hizo, lo que se hacen la mayoría de los españoles que carecen de aptitudes intelectuales para cualquier ocupación; se hizo; abogado; pero ya comprenderán nuestros lectores que clase de abogado; abogado sin ciencia, sin literatura; abogado sin palabra; de esa clase de abogados que la sorpresa, la casualidad, la suerte y la osadía crea cada año, aumentando el caciquismo, la empleomanía, y esa turba multa de hampones y de barateros políticos, discípulo de San Guzmán de Alfarache, que ponen sus aptitudes bribónicas y rufianescas al servicio de cualquier jefe de taifa ó de partido, á cambio de ayuda en el medro.

Sigamos estudiando la ciencia de Don Luis de Armiñán.

A fuer de imparciales y de justicieros, exentos de toda pasión que oscurezca la limpidez de la mente, hemos de declarar á la faz del orbe, que si Don Luis de Armiñán, no sabe lo que es Derecho romano, ni Derecho civil, ni Derecho político, ni Derecho administrativo, ni Derecho penal, ni Economía política, ni Hacienda pública, ni Filosofía, ni ciencia Sociológica, ni es capaz de pronunciar en público diez palabras que no encierran veinte desatinos; si ignora en absoluto la gramática y la retórica, y escribe como un botarate (luego daremos la prueba), aunque la reunión de bombos mutuos, le llame ilustre publicista; en cambio, conoce á maravilla la ciencia del vivir y de la mundología; posee en sumo grado una ausencia total de escrúpulos, que es el fundamento de esa cualidad que tanto produce en política,

en la política á la usanza española, y que se denomina el arte de adaptarse.

Nuestro ilustre político é ilustre publicista D. Luis de Armiñán, como suelen apellidarle algunos ilustres albañiles de la pluma, y algunos no menos ilustres rufianes del periodismo; D. Luis de Armiñán, estulto congénito y escaso de bienes, ha sabido escoger el oficio que le cuadrara á sus aptitudes y se lanzó á la política, y esto es algo.

Al principio se rebajó, se humilló, fué llamando á todas las puertas. Cual mendigo que implora con suplicante voz, así él imploraba, gemía, lloraba y se arrastraba ante el poderoso que pudiera darle un acta.

El acta era negocio de vida ó muerte para D. Luis de Armiñán.

¿Qué voy á hacer yo—se decía en esos diálogos que cada hombre entabla consigo mismo prescindiendo de toda mentira y de toda máscara—si no se una palabra de nada, si soy incapaz para el foro por carecer de ciencia, de elocuencia, de entendimiento y de amor al estudio, por el cual siento un horror profundo?

Y él mismo se respondía:—Nada, la política, la charca política; he ahí mi ocupación.

El servilismo, la adaptación la osadía, el modo de arrastrarse, suplican las condiciones que me faltan para la abogacía. En la política—seguía diciendo nuestro ilustre Don Luis—nunea falta un periodista que le dedique á uno, si lo sabe pordiosear, un suelto encomiástico, que le llame elocuente, aunque para hivanar seis palabras sueltas, y para pronunciarlas trabaje más que diez tartamudos y veinte TARTAJOSOS.

Y continuaba nuestro maravilloso Don Luis:—Después, el suelto rueda, el nombre suena, y ya me destaco.

Cuido la Prensa, me exhibo, acudo á los entierros, apadrino duelos, soy juez de campo, como Mefistófeles en el duelo que se verifica entre Valentín, el hermano de Margarita y Fausto; reto á todo el mundo, á nadie reconozco talento, á no ser los que puedan darme algo, servirme de algo, y mal será que con estas cualidades no me abra camino.

Y el ilustre Don Luis de Armiñán fué sonado, recogió á fuerza de pordiosear la migaja de un acta, en un lugar desconocido para él, y hablaba de sus electores como de cosa propia, como Sancho hablaba de los negros de su insula, y hasta como él, escudero, hubiera tratado de venderlos, si ello cupiera en lo posible.

Y ya sonado el nombre y recogida el acta, nuestro ilustre político se refugió en ese asilo bendito que llaman «Unión Ibero Americana», y al cual subvencionaba el Estado con 50.000 pesetas, y si-

guó intrigando y siguió arrastrándose.

Del separatismo cubano y de la República fué al Weylerismo, después al Canalejismo, cuando éste paseaba al sol sus desilusiones.

Y una noche que celebraba un comicio el Canalejismo en un salón de baile de la Costanilla de San Andrés, el ilustre Don Luis de Armiñán, hizo sus armas como orador, como agitador de multitudes, y desde la tribuna, con el cuello hinchado como el de un toro, la faz enrojecida, semejando carátula de todas las ambiciones, el paladar lleno de saliva que se desalojaba por las comisuras de la boca, gritó con voz bronca:—«Ciudadanos... ¡Hay que arrojar á la Monarquía y traer la República si no se democratiza!»

Estas fueron las famosas frases tan gramaticalmente construidas y tan oportunamente políticas, que pronunció Don Luis de Armiñán en el comicio del salón de baile.

No habló más, porque D. José Canalejas lo hizo callar, ó indignado, dijo á la muchedumbre:

—Ciudadanos. ¡Yo he sido ministro del Rey y no puedo tolerar sin protesta que se diga y se aplauda en este sitio, que hay que derribar á la Monarquía si no se democratiza, y sustituirla con la República! ¡Yo protesto de esas palabras con toda mi alma; con todo mi corazón, y con todo el calor de mi acendrada fé monárquica!

Y después de esta vergonzosa derrota, de esta derrota pública, de esa lección en plena faz, ¿no era lo natural que el ilustre D. Luis se retirara de la vida pública, se dedicara á cualquier oficio, ó á vegetar en ese santo asilo que se llama Unión Ibero Americana, sin ocurrírsele jamás volver á las aventuras políticas?

¿No haría esto cualquier ciudadano pudoroso, de vergüenza, de dignidad, de amor propio?

¡Claro está que haría eso!

Pero entonces ¿qué carrera política había de hacer? ¿Cómo había de sorprender al bonachón de Don Bernabé Dávila y llegar á subsecretario, desde cuyo puesto pudo acrecentar el número de los que le llamasen genio, eminente, elocuente, ilustre escritor, publicista ilustre, de esa legión que lo mismo que la mañana y que la tarde, dependen para vivir y para brillar del sol de los Ministerios, á cuyo calor desentumecen sus estómagos, coincidiendo con la llegada de los habilitados?

Y á propósito, y aunque parezca á primera vista que no viene al caso, referiremos una anécdota curiosa de un matón ilustre del periodismo.

En un periódico que no hay para qué nombrar habíase metido un periodista

